

SVORVM OBTINEBIT
 PER MERITA GLORIOSA CENTVM
 SEPTVAGINTA QVATVOR MILLIVM
 SANCTORVM MARTYRVM
 VNA CVM QVADRAGINTA SEX
 SVMMIS PONTIFICIBVS
 QVORVM IBI CORPORA IN PACE
 SEPVLTA SVNT.
 QVI OMNES EX MAGNA TRIBVLATIONE
 VENERVNT ET VI ALEREDES
 FIERENT IN DOMO DOMINI
 MORTIS SVPLICIVM PRO CHRISTI
 NOMINE PERTVLERVNT.

“Aquí es el cementerio de Calixto, Papa y mártir célebre; quien quiera que entre en él contrito y confeso conseguirá la plena remision de todos sus pecados por los méritos gloriosos de los ciento setenta y cuatro mil mártires y de los cuarenta y seis soberanos pontífices cuyos cuerpos descansan aquí en paz; quienes todos han venido de la gran tribulacion, y para hacerse herederos de la casa del Señor han sufrido la muerte por el nombre de Jesu-cristo.”

Se abre la gran puerta y bajamos á la capilla subterránea de San Sebastian. Bajamos más y hénos aquí en un inmenso laberinto formado de innumerables galerías, que huyen en zig-zag por todos lados. A la derecha y á la izquierda sepulcros longitudinales sobrepuestos los unos á los otros: sepulcros de ancianos, sepulcros de niños, sepulcros de soldados, sepulcros de pontífices, sepulcros de mártires de todas edades, condiciones y países, pero todos vacíos. La piedad ha sacado de su morada subterránea aquellas legiones inmortales de héroes y de heroínas, corona y baluarte de la Iglesia militante. Hoy, colocadas en magníficos templos, en altares brillantes de oro, de jaspe, de alabastro y de piedras preciosas esperan en medio de los homenajes del universo, el día del despertar

general para ir á tomar su lugar de honor en la Iglesia triunfante, de la cual formarán su más bello adorno.

Entre aquellos *loculi* que nada tendrán que devolver, se ven con ternura los tres *loculi* de jóvenes mártires, segados por la espada en la aurora de la vida. A su lado están los sepulcros de su padre y de su madre, mártires como sus hijos. ¡Dichosa familia! Más lejos está la *crypta* en que fué depositada Santa Cecilia. El viejo frances siente un noble orgullo al leer la inscripcion grabada en el lugar venerable que poseyó durante catorce siglos el cuerpo virginal de la ilustre mártir:

HIC QVONDAM RECONDITVM FVIT
 CORPVS BEATAE CAECILLIAE
 VIRGINIS ET MARTYRIS
 HOC OPVS FECIT
 FIERI REVERENDISSIMVS PATER
 DOMINVS GVILLELMVS
 ARCHIEPISCOPVS BITVRYCENSIS
 ANNO DOMINI M. CCCC. IX.

“Aquí descansó en otro tiempo el cuerpo de Santa Cecilia, virgen y mártir. Este pequeño monumento ha sido hecho por orden del reverendísimo padre el señor Guillermo, arzobispo de Bourges, el año del Señor mil cuatrocientos nueve.”

Siguiendo adelante se encuentra el *Arca* es decir, el pequeño lugar por siempre célebre en que San Felipe Neri fué durante doce años de su vida á pasar la noche en oracion. ¿Por qué aquella asiduidad sin ejemplo en la historia? Tenemos gusto de completar aquí la respuesta á aquella hermosa pregunta, tratada ya someramente el 22 de Diciembre. Hace cuarenta siglos Israel estaba en marcha hácia la Tierra Prometida; los Amalecitas le cierran el paso y juran exterminarle. Sus grandes batallones se agitan y se llegan á las manos; Israel está amenazado de un exterminio completo. Moisés sube á la

montaña solitaria desde donde contempla la faz del combate. Durante todo el tiempo de la lucha levanta sus manos suplicantes hácia el Dios de los ejércitos, y su oracion, más poderosa que las legiones de Amalec, fija la victoria en los estandartes de Israel. El ejemplo del legislador antiguo, revelacion memorable del orden providencial, tipo luminoso de la conducta indicada á los jefes de las naciones en los momentos solemnes, nunca ha sido olvidado en la Iglesia y siempre fué imitado con buen éxito por los Moisés de los siglos cristianos.

Atravesaba la Iglesia el siglo décimosexto. Lutero, poderoso órgano de todas las pasiones de los reyes y de los pueblos, ha convocado y llamado á todos los enemigos del catolicismo; la lucha se compromete, gigantesca lucha que arroja el sacrilegio y la apostasía hasta en el santuario y que cubre á la Europa de sangre y ruinas. Felipe Neri, el santo de Roma, ha visto la faz del combate. Ha comprendido que el hombre solo es demasiado débil contra el infierno. Acompañado de San Carlos Borromeo, como Moisés de Hur y de Aaron, se retira á la profunda soledad de las Catacumbas. Durante diez años levanta sus manos al cielo y pide al Arbitro Supremo el triunfo de la Iglesia. Llama en su ayuda á los dos millones de mártires que descansan á su alrededor; y la voz de la sangre mezclada á la voz de la fe, sube al cielo rápida como el relámpago, poderosa como el amor. El rayo parte, se siembra la division en el campo enemigo, y como á los constructores de la torre de Babel, no les queda á los reformadores orgullosos más que la burla del mundo.

Era justo que un monumento recordase á las generaciones el teatro de aquella gloriosa victoria; ó como diria Bossuet,

el lugar de donde habia salido el golpe vencedor. El cincel de Algardi y la pluma del célebre Rondanini han llenado noblemente este deber. Se puede ver en la iglesia de San Sebastian el bajo relieve que representa al Moisés del siglo décimosexto en la actitud del combate, y en las Catacumbas la inscripcion que canta su victoria. Hé aquí el principio:

CAECVS HIC LOCI SQUALOR ET ILLVSTRI
 MARTYRVM SANGVINE
 ADHUC STILLANS, AT S. PHILIPPI NERII LONGO
 DECEM ANNORVM
 DOMICILIO ILLVSTRIOR, ETC.

“Este sombrío lugar, ilustrado por la sangre de los mártires, de la cual está húmedo aún, lo ha hecho más ilustre San Felipe Neri por su larga permanencia de diez años en él.”¹

La mayor parte de los viajeros se contentan con visitar la parte del cementerio de San Calixto de que acabamos de hablar. Hay otro de difícil acceso, mucho ménos explorado que el primero y por esto más interesante á los ojos del arqueólogo; á él llegaremos mañana.

Al dejar aquellas *cryptas* venerables queda grabada la gran figura de San Felipe Neri en el alma del viajero; se anda sobre un suelo de toba que él ha pisado con sus piés y regado con sus lágrimas; se le ve, se le oye, y todos los ecos de las galerías parecen repetir sus suspiros. Pero lo que se agrega á la gloria de aquel ilustre santo, lo que le muestra en verdad como el hombre providencial es el doble recuerdo que acaba de agregarse al primero.

Felipe Neri á quien puede llamarse no solo el Moisés, sino tambien el Josué de la Iglesia en el siglo décimosexto, no se contenta con obtener por sus oraciones el triunfo inmediato de la verdad; manda á sus dos ayudantes de campo que la consuelen y la venguen por una larga serie de siglos.

¹ Aringhi, lib. III, c. XII, p. 277.

El protestantismo arroja al viento las cenizas de los mártires; y como Rachel, las desoladas iglesias de Francia, de Inglaterra y de Alemania, derraman lágrimas inconsolables. A este primer sacrificio el protestantismo añade otro. Los centuriones de Magdeburgo toman la Iglesia desde su cuna y la siguen paso á paso en aquellas diferentes edades, la someten á los azotes sangrientos de la calumnia, luego la entregan á la irrisión y al desprecio de la multitud.

Felipe Neri muestra con una mano las Catacumbas á Bosio, y bajo los pasos del nuevo Colon la gran Ciudad de los mártires descubre sus ocultos esplendores; la Roma subterránea se convierte en una mina fecunda que llena la Iglesia de riquezas y de consuelos inesperados. De sus entreabiertas tumbas salen legiones de mártires; ellos reemplazan á sus antepasados en los altares del universo y el antiguo buril que había escrito en sus monumentos diez y seis veces seculares los dogmas católicos, graba en la frente del protestantismo los estigmas afrentosos de la calumnia y de la novedad.

Con la otra mano Felipe enseña á Barónio, su discípulo querido, á la Iglesia de los siglos indignamente ultrajada por la pluma de los novadores. Barónio comprende, y hé ahí que con los aplausos de la Europa se levanta un monumento inmortal en el cual están grabados por la mano de la Verdad y del Génio, los fastos gloriosos del catolicismo. La Iglesia está vengada y consolada; vengada por los *Annales ecclesiásticos*, consolada por las *Catacumbas*, doble gloria del humilde Felipe Neri. En vano el error extremo arroja aullidos de rabia, en vano trata de moverse bajo el peso que le despedaza; su mano, débil como la del Arabe, fugitivo habitante del desierto, no puede desprender una

piedra de las inmóviles pirámides que proclaman su derrota y su vergüenza.

6 DE ENERO.

Bendición del agua para los enfermos.—Nueva visita á las Catacumbas de San Calixto.—Los *Cubiculos*; *Cubiculo Claro*.—Antigüedad de los Cubículos.—Palabras de San Gerónimo.—Tres especies de Cubículos.—Orígen.—Cuidado y respeto de la Iglesia por los Cubículos.—Orden de los Cubicularios.—Bajada á las Catacumbas de San Calixto.—Gloriosos recuerdos de las persecuciones, de los Papas y de los mártires.

Al despuntar la aurora, el cañon del castillo Sant-Angelo anunciaba la vuelta del día memorable en que el sol de la verdad se levantó sobre las naciones sentadas en la sombra de la muerte. Los habitantes, reconocidos á este beneficio, de que el mundo goza todavía, acudían á las iglesias; todo trabajo se había suspendido. La capilla de la Propaganda reunía á los sacerdotes del Oriente y del Occidente, que celebraban en el mismo altar, ofreciendo á la misma víctima la vocación de todos los pueblos á la fe. Al gran espectáculo de la variedad de los ritos en la unidad del sacrificio, quisimos agregar el de la variedad de las oraciones en la unidad de una misma costumbre, esperando la felicidad de ver en las Catacumbas la variedad de los suplicios y de las víctimas para la defensa de la misma religión. Después del cielo, resplandeciente morada en que todas las edades, todas las condiciones, todas las lenguas, todas las tribus, están coronadas en la eterna unidad del amor, yo dudo que haya algo más bello que este triple espectáculo.

Llevados por este pensamiento nos trasladamos sucesivamente á la iglesia de los

Estigmas y á la iglesia de San Atanasio. En una y en otra fuimos testigos de la bendición del agua que, según la antigua costumbre, bendice la Iglesia de Roma cada año el día de la Epifanía para el consuelo de los enfermos. En los *Estigmas* la venerable bendición se hace en el rito latino, en San Atanasio según el rito griego. Por todas partes se encuentra, haciendo á un lado la forma del lenguaje, la pompa grave y solemne del catolicismo, la maravillosa poesía de sus cantos tan sublimes y tan sencillos, la dulce unión de sus oraciones, el simbolismo elocuente de sus ceremonias y su inviolable fidelidad á las santas tradiciones de los tiempos apostólicos.

¿Cuál es aquella bendición tan nueva para nosotros y tal vez completamente desconocida de un gran número de cristianos? El Evangelio nos enseña que Nuestro Señor fué bautizado en el Jordán, y los más antiguos Padres están unánimes en fijar la época de aquel acontecimiento en el sexto día de Enero. Entonces fué cuando el hijo de Dios regeneró con su contacto santificante las aguas que él había sacado de la nada y que el mal había manchado como á todo el resto de la creación. En memoria de este beneficio, la Iglesia bendice el agua el mismo día, y cierta de que recibe de la palabra divina una virtud saludable, la distribuye á sus hijos para curación de sus males. Que esta confianza no es vana, lo demuestran brillantes y perpétuos milagros. Son tales que los enemigos más encarnizados de la Iglesia católica reconocen su autenticidad.

Esta costumbre seguida en nuestros días todavía en el Oriente, aun por las

¹ Citaré entre otros á dos sabios de primer orden entre los protestantes: Casaubon, *Exercit.* 13, p. 10; y Cave, *Hist. litter., dissert. 2, de libris et officiis Groecorum*, p. 179.

sectas cismáticas, Roma, guardiana de todas las santas tradiciones de la fe, así como de las inspiraciones de la caridad primitiva, la conserva con honor y la practica con buen éxito. ¡Y la incredulidad tendría á bien ponerlo en duda! Ella, que niega á Dios el poder de dar á los elementos y á los signos sagrados una virtud curativa, ¿no la hemos visto durante el *colera morbus* llevar sobre sí á guisa de escapulario un pedazo de alcanfor para preservarse del azote? ¿No la vemos bajar de día en día hasta la idolatría de la ciencia médica y algunas veces hasta las ridículas prescripciones del charlatanismo y de la magia?

Al salir de la ceremonia volamos á tomar el camino de la Vía Apia. Cuando hubimos llegado á las viñas que cubren aquella parte del campo romano, nuestro excelente guía nos mostró muchas entradas á las Catacumbas de San Calixto. Se buscó la ménos difícil y desaparecimos en los subterráneos del vasto cementerio.

¹ Haec dies est qua baptizatus est et aquarum naturam sanctificavit. Idcirco etiam in hac solemnitate sub mediam noctem omnes, cum aquati fuerint, domum Latini referunt, et per integrum annum conservant, utpote quod hodierna die sanctificatae sunt aquae: fitque miraculum evidens cum nihil temporis longinquitate aquarum illarum natura vitatur, sed integro anno atque adeo biennio et triennio saepe quae hodie fuit hausta incorrupta et recens permanet ac post tantum temporis cum iis quae fuerint e fontibus euctae certat.—“Este es el día en que fué bautizado y en que santificó la naturaleza de las aguas. Por eso en esta solemnidad á la media noche, cuando reciben la agua los latinos, la llevan á sus casas y la conservan por todo un año, como si diariamente fuesen santificadas las aguas; y se hace evidente el milagro cuando se ve que no se vicia la naturaleza de las aguas por un largo trascurso de tiempo, sino que en todo el año y hasta en dos ó tres, muchas veces se saca sin haberse corrompido y parece reciente después de tanto tiempo, como si acabase de salir de una fuente.”—S. Chrys., *Hom. XXIII, De Baptism. Christi*. Lud. Thomass, *De Festis*, lib. II, c. 7, *ad. an. Christi*, 29, p. 7. Sandini, *Hist. fam. sacrae*, p. 76, etc.